

## MIRANDO AL MAR...

---

Parece un jardín encantado...

Era una terraza altísima, envuelta en un inmenso jirón de cielo azul, suspendido en el aire por inquietos tachones de nubes, y replegado sobre el mar, hasta producir la sensación de acariciar con su orla blanca de espumas los altísimos muros.

Agrestes estalacmitas ferruginosas sostienen en el aire fantásticos arriates de flores, verdaderas canastillas orientales en que los claveles y los jazmines, azucenas de nieve y lirios rosados, los narcisos, los junquillos y los nardos, despliegan sus pétalos entre el tomillo y el romero, que confunden su fragancia montañesa con los perfumes agrestes de las albahacas y de la menta...

Y entre esas canastillas de flores, mirando al oriente y al ocaso, enroscan sus rígidos respaldos, pesados sillones de piedra.

Puertas ciclópeas, castillos liliputienses, grutas de crestas aéreas, árboles graníticos que parecen orantes griegas de brazos truncados, cubriendo su rustiquez con túnicas verdes matizadas de blanco, de crema y de morado, y urdidas por los abrazos que entrelazan a las campanillas con las madre selvas y sipomilós, rompen las líneas simétricas de los arriates empenachados de colores y embriagados de aromas.

En aquellas alturas encantadas es todo luz, colores, perfumes... cielo...

Debajo, el rugir clamoroso de la vida...

Más allá, el dulce rumoreo del mar que besa incesantemente las arenas de la playa...

Después... el vacío azul de los ensueños, de las esperanzas, de las añoranzas...

\* \* \*

Por entre las flores, con las manos cruzadas a la espalda, la frente levantada, los cabellos revueltos por las brisas soñadoras de la tarde y la mirada vaga como de quien vive su vida en el castillo interior, se pasea un joven.

Parece un cautivo de los viejos castillos de un sultán.

Al llegar al pretil cruzó sus brazos delante del pecho y hundió su vista en el horizonte.

La mar estaba tranquila.

Un velero con sus lonas hinchadas se deslizaba cabeceando sobre las olas.

Un inmenso vapor, detenida su marcha, esperaba al práctico, que le sirviera de lazareto para sortear los ocultos peligros del puerto.

En el pliegue del cielo con el horizonte, una tenue humareda que anuncia misterios de ultramar.

Las gaviotas cruzan el aire en todas direcciones.

El sol, huyendo del cielo, va a ocultarse detrás de las cuchillas...

Los cipreses del cementerio velan el silencio de la muerte, que parece más profundo en medio del incesante clamoreo de las olas que se atropellan para rezar ante sus muros sus eternas plegarias.

Es un cuadro que convida a meditar sobre las naderías de la vida.

Rumores que pasan...

Estelas que se esfuman...

Volutas descritas en el aire que apenas dejan la sensación de su fugaz existencia...

Flujos y reflujos de olas que sólo producen burbujas inconsistentes de espumas.

Y sobre ese fondo de vanidades, los negros cipreses de la muerte...

Y entre esos cipreses, el silencio en que se resuelve la bulliciosa incógnita de la vida...

\* \* \*

Aquel joven, con los brazos cruzados y la vista hundida en el horizonte, no ve nada, no oye nada, parece que no sintiera nada.

Se encuentra solo, absolutamente solo.

Todo cuanto lo rodea es extraño.

Se siente desterrado.

No es el pan del destierro lo que le amarga la vida.

Los que lo rodean tratan de hacerle encantador el destierro.

Es la soledad del alma la que le envenena y amustia su espíritu.

Por eso en medio del bullicio siente el silencio interior.

Las cuerdas de su arpa no están tensionadas y no responden a los viejos cantares que otrora alegraran su vida.

Por eso al replegarse sobre sí mismo y al percibir su silencio interior, siente un estremecimiento lleno de congojas, de odios, de hastío de la vida y de ansias alocadas de muerte.

Y ese estremecimiento es un conjuro que evoca sombras siniestras.

La injusticia se le pone delante y se burla de él con una mueca. Se lanza sobre ella con deseos infinitos de estrangularla, y se le desvanece entre las manos.

Y esa impotencia lo irrita más y más...

El alma está sedienta de justicia, y la justicia está desterrada del mundo. No se la encuentra ni en el sagrado del santuario.

Las pasiones humanas lo han violado todo, lo han prostituído todo.

La fuerza se ha constituído en suprema ley. Y es ley inexorable que conculca todos los derechos, hasta los más sagrados. Los íntimos derechos de las conciencias.

Y ante esa impotencia que le envenena el alma, sólo siente alientos para seguir viviendo, al abrirse en su campo yermo una siempreviva áspera, adusta, pajiza, pero al fin siempre viva. Levanta los ojos y mira a Dios, que es belleza, que es amor, que es verdad, que es bien... que es justicia...

El alma envenenada no se consuela ni con el amor, ni con la belleza, ni con el bien, ni con la verdad, sino con la justicia.

Lo libra todo a la justicia de Dios, y le parece sentir entonces un secreto regocijo, pensando en la liberación de todas las tiranías, y en la infinita vindicta de todas las injusticias.

Un remordimiento viene a asaltarle, tratando de enlutar ese secreto regocijo.

Pero se serena pensando que también los mártires piden la venganza de su sangre derramada.

Todo esto bullía en aquella alma sola, mientras cruzado de brazos hundía la mirada vaga en el horizonte.

No veía nada, no escuchaba nada, no parecía que sintiera nada.

En medio de su silencio interior sólo parecía escuchar una voz.

La clarinada de la justicia, el eco poderoso de la venganza.

\* \* \*

Así son sus tardes. Casi siempre grises y llenas de una melancolía que le hace saborear la amargura que oculta en el fondo del alma bajo las flores de sus exquisitas sonrisas.

Cuando se encuentra en sociedad, nadie llegaría a soñar el cúmulo de amarguras que ha devorado en silencio.

Su palabra fácil, su ingenio agudo, su mirada chispeante y a veces maliciosa, juegan con tal donosura en la conversación, que dejan la sensación de un alma abierta que gusta a su placer de los goces de la vida, sin preocupaciones ni penas.

Es eso para él una necesidad.

El instinto de la simulación pulido con todas las exquisiteces de un gusto refinado, ha tendido un manto delicado de alegría sobre las sombras de sus ocultas tristezas.

A fuerza de agudezas y de risas trata de ahogarlas para que no den señales de sí. Para olvidarse, siente como una íntima necesidad de marearse...

Su vida interior fué una cadena no interrumpida de sorpresas.

La última colmó el cáliz de sus amarguras.

Un corazón lo amó.

Era uno de esos corazones inquietos como las mariposas que se posan en todas las flores, y que cerrando los ojos chupan con ansia su zumo, sin pensar en que se pueden envenenar. ¡Había amado ya tantas veces!... ¡Se había expuesto tantas veces a perecer en las celadas del amor!...

El lo comprendió todo y le tuvo compasión.

Sopló un poco y se avivó la llama.

Pensó que esa llama iba a purificarlo y se equivocó.

El amor parecía que lo perfeccionaba, pero la pasión lo iba consumiendo.

Cuando él quiso apagar el incendio, era tarde. Las llamaradas eran avasalladoras y el desdén las agitó con celos hasta convertirlas en odio.

Y el odio consumió su obra. A traición le clavó en el pecho sus dientes viperinos, corvos, caniculados, y exprimió con saña el veneno de la calumnia...

Y escondió bajo un fingido remordimiento la falsía...

El dolor le selló los labios a la víctima. Su corazón sintió los estertores producidos por el veneno, y comenzó su oculta agonía.

Entonces quiso cantar con el otro payador provinciano: ya no quiero más amor,—ya no quiero más farsía,—que un bien con un mal se paga—yo ya sabía... pero las cuerdas de su arpa estaban ya rotas y no supieron cantar.

\* \* \*

Desde entonces ya no cree en nada.

Ante la impotencia de una plena reivindicación se rebela.

Perdió la fe en el amor.

Casi duda de la existencia del bien.

Sólo le consuela Dios, porque es justo.

Y espera con ansia la hora inexorable de esa justicia.

JACOB SLOMNE.